

ENCONTRARTE EN TU PALABRA

Introducción. Nuestra experiencia de fe se funda en un encuentro personal con Cristo. Nuestra fe no se basa en una aceptación pasiva o racional de unos dogmas, sino en ser testigos de un acontecimiento, en la escucha, en el diálogo, en el aprendizaje (eso es lo que significa la palabra discípulo: *el que aprende del maestro*). Jesús no trata temas, favorece experiencias, porque precisamente eso es la fe. Los escenarios y los lugares del encuentro con Jesús son plurales. Él ha querido que sea a través de los sentidos y de la experiencia humana que podamos acceder a Él.

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos: la palabra de vida. La vida se manifestó: la vimos, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Lo que vimos y oímos os lo anunciamos también a vosotros para que compartáis nuestra vida, como nosotros la compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que se colme vuestra alegría.” 1ª Jn 1,1-4.

Nuestros ojos son las *ventanas que dan a Dios*, capaces de ver, de contemplar, de adentrarnos y de acoger la presencia divina. La admiración y asombro que despiertan los gestos de bondad, de ternura, de implicación, de encargarse con compromiso de aquellos que nos necesitan. Pero ha querido Dios, que sea a través de los oídos, del diálogo con su Palabra que le podamos conocer. Lo que Jesús nos comunica, nos lo dice a través de su Palabra, es lo que ha oído de su Padre. Su Palabra contiene el sueño de Dios, el plan que había trazado para cada uno de nosotros desde toda la eternidad. Nuestros oídos son capaces de reconocer en la historia, en cada una de nuestras vidas, la posibilidad de oír los pasos de Jesús acompañado nuestros pasos.

Lo que Dios nos dice. “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace el amo. A vosotros os he llamado amigos porque os comuniqué cuanto escuché a mi Padre. No me elegisteis vosotros; yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto, un fruto que permanezca”. Jn 15,13-16.

Es el Shemá, el escucha Israel, el primer mandamiento de todos. Antes que hacer, hay que escuchar. Nuestra vida es un complicado equilibrio entre actividades y pasividades. En la fe lo primero es activar la escucha:

“Éstos son los preceptos, los mandatos y decretos que el Señor, vuestro Dios, os mandó aprender y cumplir en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella, para que respetes al Señor, tu Dios, guardando tu vida entera todos los mandatos y preceptos que te doy, también a tus hijos y nietos, y te alarguen la vida. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra para que te vaya bien y crezcáis mucho. Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres: Es una tierra que mana leche y miel. Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solo uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado”. Dt 6,1-4.

Es el sentarnos a los pies del Señor, como María la hermana de la estresada Marta, lo que Jesús llama: quedarse con la mejor parte.

“Yendo de camino, entró Jesús en una aldea. Una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras; Marta se afanaba en múltiples servicios. Hasta que se paró y dijo: Maestro, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en esta tarea? Dile que me ayude. El Señor le replicó: Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas, ¡cuando una sola es necesaria. María escogió la mejor parte y no se la quitarán.” Lc 10,38-42.

Esa escucha es la que da sentido y comprensión profunda a la multifacética aproximación a la realidad. Cada día nos encontramos con muchísimos estímulos, convertidos en palabras, gestos, sentimientos, emociones, información, expectativas. ¿Como entender y dar forma a toda esa avalancha de información? Le preguntaron a Kutxi Romero, por el título de su disco *28.000 puñaladas*. Él explicaba que era el cálculo de los días de vida de una persona con una esperanza de vida media. Y lo de las puñaladas reflejaba el pesimismo antropológico que arrastra a mucha gente en la actualidad. Convertir las 28.000 piezas de mi puzle en puñaladas, o reconocerlos como una verdadera historia de amor, es la tarea que nos toca. Encontrarnos con Aquel que da sentido esperanza e ilusión es una opción concreta de recorrer el camino y el plano, el mapa, es la Palabra. Es como seguir el Google Maps y tener clara mi ubicación y el destino a recorrer. En muchos momentos se nos pierde la señal, hay túneles, confusión, el relojito se pone a dar vueltas en épocas de nuestra vida. Pero recalculamos la ruta, y la Palabra es la que nos vuelve a conectar.

Hay mucha presentación, mucha carta de restaurante de la que elegir. Pero nada puede sustituir mi momento, mi "cita", con el Señor.

Cómo podemos vivirlo. Los padres del desierto nos han regalado un método sencillo: *«la lectio divina»*. *Lectio, meditatio, oratio, contemplatio, y actio*. Escalones de una escalera que nos lleva a la fragua, al fuego ardiente, a esa zarza que arde y no se consume. Ese tiempo es irrenunciable, es el terreno sagrado en el que quitarnos las sandalias, de forma personal o en comunidad. Es en el Espíritu en el ambiente propicio en el que poder abrir la Palabra, con la seguridad que están escritas para mí, en mi aquí, en mi ahora, en mi con estos. Habrá días que es más fácil entenderla, otras necesitaremos ayuda y otras perspectivas que nos enriquezca. Pero la seguridad de que adentrarnos en el conocimiento de la Palabra, es facilitar la transformación de la forma de entender nuestras vidas y las de los demás.